dense en la frontera entre México y Estados Unidos. “Intervenciones elásticas y tiempo resistido: imaginar el reverso en Colombia” (Alba L. Delgado y Simón Henao) indaga en la literatura, el arte y el cine colombiano del siglo XXI: una propuesta de resistencia a violencias estatales y paraestatales, la misma que dialoga con el *ethos* de la desobediencia de la famosa cineasta argentina Albertina Carri. Finalmente, “Nos hemos vuelto personas que estamos diciendo: ‘mira lo que pasa en tu país’”. El nuevo periodismo multimedia mexicano ante la violencia” (Christian Sperling) se interna en las políticas de resistencia del nuevo periodismo multimedial mexicano que hace visibles coyunturas sociopolíticas casi inexistentes en el discurso periodístico oficial.

El libro se cierra con un epílogo de la destacada profesora y crítica Rocío Quispe-Agnoli, en el que se reflexiona sobre la aproximación interseccional al estudio de la violencia en la producción cultural latinoamericana de los diferentes estudios de *Partera de la historia*. Se enfatiza cómo la ideología patriarcal en los diferentes países latinoamericanos ejerce la violencia sobre sujetos femeninos y feminizados. Las obras y los estudios de este volumen se vuelven herramientas para una verdadera democratización de nuestras sociedades y la construcción de ciudadanías responsables con sus semejantes frente a estados que legitiman la violencia del sistema neoliberal frente a los más indefensos con la masificación mediática de programas basura que cuentan con gran audiencia y generan un gran mercado donde vale todo y donde el hombre se

vuelve un lobo del propio hombre (*homo homini lupus*).

Sin duda, este volumen editado por los profesores Zegarra y Sandoval-León constituye un aporte valioso porque actualiza la bibliografía y las categorías críticas para reflexionar y activar la actuación ciudadana latinoamericana. Así, los artefactos culturales estudiados nos permiten tomar conciencia y luchar por la memoria de las víctimas de la violencia en Latinoamérica y en la frontera entre México y Estados Unidos.

Enrique Bernales Albites
University of Northern
Colorado

Yolanda Westphalen Rodríguez,
El eslabón perdido. Surrealismo, indigenismo y neoindigenismo en Abril, Arguedas, Moro y Westphalen. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2022.

Si hay un periodo descuidado en la historia literaria peruana del siglo XX se trata sin duda de los años 30 y principios de los 40. En efecto, existen por cierto estudios sobre obras publicadas en esos años, pero no se les suele abordar como un momento del proceso literario. En cambio, la etapa previa, los años 20 (que corresponden en el plano político al Oncenio de Leguía), son los años de efervescencia vanguardista e indigenista, años en los que surgen los jóvenes de la Generación del Centenario; por su parte, la etapa posterior, la de finales de los 40 y los 50, es el momento de la aparición de la llamada generación del 50, clave en la modernización cultural y lite-

raria en el Perú. Entre ambos momentos estelares, los grises años 30-40 aparecen desde la mirada histórica como un vacío, como un eslabón perdido entre dos hitos clave de nuestro proceso cultural. Son años signados por una restauración conservadora que parece copar la escena cultural. Este libro de Yolanda Westphalen pone en evidencia cómo, a la sombra de una atmósfera intelectual signada por un tradicionalismo con ribetes autoritarios, se despliegan en el campo literario las fuerzas emergentes de lo nuevo, en especial el surrealismo y el indigenismo.

La noción de campo, diseñada por Pierre Bourdieu, proporciona el marco teórico clave para abordar ese eslabón perdido del proceso literario peruano. Un campo supone, como es sabido, una autonomización (siempre relativa) de una determinada práctica social: autonomía de un campo cultural o, más específicamente de un campo literario, que se rige por reglas que le son propias y peculiares, pero que también recibe mediatizadamente el impacto de otras fuerzas sociales. Yolanda Westphalen correlaciona además este marco teórico con nociones elaboradas por Antonio Cornejo Polar, como las de heterogeneidad y totalidad contradictoria. Con estas herramientas conceptuales, examina los procesos de autonomización del campo literario en el caso peruano. Un primer impulso autonomizador ocurrió antes de la Guerra del Pacífico, impulsado por la generación romántica en la que destacaba Ricardo Palma. Uno segundo después de ese mismo conflicto, en torno al liderazgo intelectual de Manuel

González Prada. Ambos fueron intentos fallidos. El surgimiento de un campo literario autónomo ocurre hacia principios del siglo XX, cuando se consolida el modernismo en el Perú, en el contexto de relativa institucionalidad que significó la llamada República Aristocrática.

El surgimiento de un campo literario (relativamente) autónomo va acompañado desde 1905 hasta la década del 20 por un arduo debate sobre el carácter de la literatura nacional, en el que intervienen destacadas figuras intelectuales, desde Riva Agüero, pasando por Sánchez, hasta Mariátegui. La visión tradicionalista-criollista-hispanista hegemónica fue impugnada por Mariátegui desde la tribuna de la revista *Amauta*, que preconizó la urgencia de peruanizar al Perú, incorporando al sector indígena en el proceso de formación de la nación. Al mismo tiempo, revistas como *Amauta*, *Boletín Titikaka* y muchas más de menor irradiación promovían a las vanguardias artístico-literarias, en estrecha relación con la vanguardia político-social, en un vasto esfuerzo de modernización de la sociedad y la cultura en el país. El giro autoritario-conservador de los años 30, aunado a la muerte de Mariátegui y el truncamiento de los proyectos innovadores que él dinamizaba, instauraron una atmósfera cultural poco propicia al desarrollo de las vanguardias literarias. Yolanda Westphalen busca poner en evidencia cómo, incluso en ese contexto desfavorable, desde una relativa marginalidad, las tendencias innovadoras prosiguieron una intensa labor, cuyos frutos se visibilizarán a fines de los años 40 y en la década del 50.

Para ello, examina la trayectoria de algunas de las figuras más activas en el campo literario de los años 30-40: Xavier Abril, César Moro, Emilio Adolfo Westphalen y José María Arguedas. Los tres primeros son figuras fundamentales de la vanguardia, en tanto Arguedas es el promotor clave del indigenismo, lo que pone en evidencia que la correlación entre esas dos vertientes propugnada por Mariátegui y *Amauta* seguía teniendo plena vigencia en los años posteriores. Para abordar la trayectoria de esos escritores, se vale la autora de un recurso poco explotado por la historiografía literaria peruana: los epistolarios. Las cartas intercambiadas a lo largo de ese periodo por los escritores mencionados le permiten a Yolanda Westphalen comprender mejor los posicionamientos y las luchas de estos actores protagónicos en el campo literario peruano. Compartían estos un común rechazo a la restauración oligárquica que signaba a esos duros años. Entre ellos se trazaron no solamente relaciones de colaboración literaria o eventualmente política, sino también de amistad y complicidad.

La autora sigue con especial atención las actividades del grupo surrealista (y/o parasurrealista) conformado por Moro y Westphalen. En 1935 se realiza en Lima la primera exposición de pintura surrealista en América Latina, que perturba el pacato ambiente cultural capitalino. A partir de ese evento, Moro se enzarzó luego en una virulenta polémica con el poeta chileno Vicente Huidobro. Con el advenimiento de la guerra civil española, se conforma en el Perú un Comité de

Acción en Defensa de la República Española (CADRE), que realizó diversas actividades de solidaridad y publicó varios números de un boletín. En sus actividades participaron Moro, Westphalen y José María Arguedas, además de otros intelectuales. Como es sabido, a raíz de esas actividades, Arguedas pasó una larga temporada en la prisión, y Moro optó por el exilio en México. En 1939, Moro y Westphalen publican la revista *El uso de la palabra*, de la que solo se publicó un número. Los directores de la revista, nos explica Yolanda Westphalen, adoptan una postura disidente y confrontacional: Emilio Adolfo Westphalen dirige sus dardos contra la crítica académica, en tanto Moro emprende la demolición de la pintura indigenista de Sabogal y su escuela, a la que reprocha su sesgo decorativo y su apego a cánones realistas decimonónicos.

En 1940, César Moro participa en la exposición surrealista en México y redacta el prólogo de su catálogo. Se involucra también por entonces en las disidencias que se procesan en el movimiento surrealista internacional. Por esos años, se produce lo que denomina Yolanda Westphalen un giro etnográfico, tanto en el pensamiento de Arguedas, como también en la poética de Moro, que incorpora el componente mítico indígena (ya sea mexicano o peruano). El recorrido termina, al final de la década, con la publicación de la importantísima revista *Las Moradas* (1947-1949), bajo la dirección de Emilio Adolfo Westphalen. Aunque tuvo que interrumpir su publicación en 1949, en buena medida por las adversas consecuencias polí-

tico-culturales del golpe de Odría, esta revista dejó una huella muy honda en el ámbito intelectual peruano, en especial en el campo literario: sin duda será un estímulo fundamental para los afanes modernizadores de los jóvenes de la generación del 50.

Como ha quedado claro, los méritos de este libro son múltiples, pero cabe destacar al menos cuatro. En primer lugar, el abordar un período descuidado por la historiografía literaria, el de los años 30-40 del siglo pasado, desde una mirada de conjunto, viéndolo como un momento relevante del proceso literario peruano. En segundo lugar, el recurso a la noción de campo, que permite aprehender cabalmente la conflictividad literaria y cultural peruana. En tercer lugar, sacar partido de un rico acervo epistolar. Y en cuarto lugar, confirmar la relevancia de los múltiples vasos comunicantes entre las vanguardias y el indigenismo. Por estas múltiples razones, este innovador trabajo de Yolanda Westphalen constituye una importante contribución a nuestra historiografía literaria y un libro de necesaria lectura.

Carlos García-Bedoya M.
Universidad Nacional Mayor
de San Marcos

Rubén Quiroz Ávila, *Opino, ergo sum. Artículos periodísticos*. Lima: Heraldos Editores, 2022. 290 pp.

El filósofo, poeta y ensayista peruano Rubén Quiroz Ávila acaba de publicar su más reciente libro con el sugerente título de *Opino, ergo sum. Artículos periodísticos. Opino, luego existo*

(la traducción), recopila los artículos publicados por este destacado profesor universitario sanmarquino entre marzo de 2019 a febrero de 2022 en diversos periódicos de circulación nacional como *El Peruano*, *El Comercio* y *Exótica*, así como en sitios webs y blogs donde colaboró como columnista y reseñista. Es justamente esta práctica periodística de columnista de opinión y reseñista de libros la que le da forma al texto que comentamos.

En una primera parte encontramos 91 artículos de opinión, mientras que en una segunda parte contabilizamos 51 comentarios de libros, sumando en total 142 escritos que abordan las más diversas temáticas, haciendo uso cuando lo cree pertinente de diversos estilos de redacción propios del periodismo como la crónica, el ensayo o la crítica. Es imposible dejar de mencionar el brillante prólogo que redacta al inicio del libro el prestigioso filósofo e historiador José Ignacio López Soria, quien a través de sus comentarios nos introduce en el texto generando interés en el lector de lo que encontrará en las siguientes páginas, reconociendo así la valía del libro de Quiroz Ávila.

Con respecto a la primera parte, Rubén Quiroz cumple con acierto con las características propias del artículo de opinión, expresando con agudeza su punto de vista personal con respecto a diferentes temas de actualidad y de interés para la opinión pública. Como columnista argumenta y persuade con fundamentos al mismo tiempo, demostrando amplio dominio sobre los diferentes aspectos de la realidad que interpreta y analiza, presentán-